

Comunidades eclesiales de base: Contexto actual y perspectivas

Francisco de Aquino Júnior
Facultad Católica de Fortaleza
Universidad Católica de Pernambuco
Presbítero de la diócesis de Limoeiro do Norte

Aunque se pueda discutir si la constitución dogmática *Lumen gentium* deba ser considerada la “piedra angular” de todos los documentos conciliares¹, no se puede negar que, desde el final de la primera sesión, bajo la fuerte influencia de los cardenales Suenens y Montini, se fue imponiendo cada vez más la tesis de que la discusión sobre la Iglesia era el gran objetivo del concilio. Y en esa discusión, un punto fundamental se refiere a su estructura social, inseparable de su misión de ser “signo e instrumento” de salvación o del reinado de Dios en este mundo.

Es verdad que el Vaticano II no superó completamente la comprensión clerical clásica de la Iglesia, formulada en términos de “jerarquía y laicado”. Pero, al comenzar hablando del “pueblo de Dios” y, solo después, distinguir en ese pueblo los distintos carismas y ministerios, el concilio puso las bases para una comprensión de la Iglesia como “comunidad”, que después explícita y formula en términos de “comunidad, carismas y ministerios”².

Esa nueva comprensión de la Iglesia encontró en las comunidades eclesiales de base de América Latina su expresión más básica, más creativa y más fecunda. La Iglesia como pueblo de Dios, con sus carismas y ministerios, se realiza primordialmente en comunidades concretas, que se constituyen como lugar de oración, de vida fraterna y de compromiso con los pobres y marginados, y como lugar

-
1. Cfr. V. Philips, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución Lumen gentium*, vol. I, p. 1 (São Paulo, 1968).
 2. Cfr. CNBB, *Misión y ministerio de los cristianos laicos y laicas*, N° 104-105 (São Paulo, 2012).

donde se ejercitan y se desarrollan carismas y ministerios importantes y necesarios para la vida comunitaria y el desarrollo de su misión en el mundo. Esas comunidades de base son, en sí mismas y simultáneamente, “signo” (expresión) e “instrumento” (mediación) de salvación o del reinado de Dios en este mundo.

Esta es una de las intuiciones y de las características más importantes y más originales del proceso de recepción del concilio en América Latina: la traducción y concreción del “pueblo de Dios” en términos de “comunidad eclesial de base”. Ciertamente, la Iglesia como pueblo de Dios no se agota en dicha comunidad de base, pero tiene ahí su expresión más elemental y fundamental. Y ciertamente, la Iglesia latinoamericana desarrolló muchos otros procesos creativos y fecundos de comunión eclesial —colegialidad episcopal, comprensión y ejercicio del ministerio episcopal y presbiteral, vida religiosa inserta, carismas y ministerios, estructuras de coordinación pastoral, etc.—, pero todos esos procesos, de alguna forma, están vinculados a esa expresión básica y fundamental del pueblo de Dios, que es la comunidad eclesial de base.

En el Documento 15 sobre “Pastoral de conjunto”, Medellín habla de las “comunidades de base” (1) como pequeñas comunidades que permiten la “convivencia personal fraterna”; (2) como “comunidades de fe, esperanza y caridad”; (3) como “primer y fundamental núcleo eclesial”, o “célula inicial de la estructura eclesial”, y como renovación de la parroquia; (4) como “foco de evangelización” y “factor primordial de promoción humana”; (5) como comunidades que tienen sus “líderes o dirigentes” y en las que todos los miembros asumen la misión “sacerdotal, profética y real”; (6) y, finalmente, como “un signo de la presencia de Dios en el mundo”³.

Las comunidades eclesiales de base marcaron decisivamente el proceso de recepción del concilio en América Latina y durante décadas se impusieron como el hecho eclesial y social más importante de nuestra Iglesia. Mucho se ha escrito sobre ellas, tanto desde el punto de vista teológico-eclesial como desde el sociocultural⁴. Un aspecto decisivo, aunque tenso y ambiguo, de la importancia de las comunidades eclesiales de base es el carácter institucional que adquieren en las conferencias de Medellín y Puebla. En los documentos finales de estas conferencias, aparecen no solo como una experiencia identificada y hasta valo-

3. Cfr. Celam, “Conclusões de Medellín”, en *Conclusões da Conferência de Medellín – 1968. Trinta anos depois, Medellín ainda é atual*, pp. 207 y ss. (São Paulo, 2010).

4. Cfr. H. C. J. Matos, *CEBs: Uma interpelação para ser cristão hoje* (São Paulo, 1985); R. Muñoz, *A Igreja no povo: Para uma eclesiologia latino-americana* (Petrópolis, 1985); F. L. C. Teixeira, *A gênese das CEBs no Brasil: Elementos explicativos* (São Paulo, 1988); L. Boff, *E a Igreja se fez povo. Eclesiogênese: A Igreja que nasce da fé do povo* (Petrópolis, 1991); y C. Boff et al., *As Comunidades de Base em questão* (São Paulo, 1997).

rada en América Latina, sino también como un proyecto pastoral o, en todo caso, como parte integrante y fundamental del proyecto pastoral, que se diseña y se propone para el conjunto de la Iglesia latinoamericana. Es verdad que esto nunca fue aceptado sin más, ni consensuado tal como puede parecer a primera vista, e incluso fue uno de los puntos tensos y controvertidos en Puebla. Pero no se puede minimizar el hecho de que, en medio de tensiones y conflictos, las comunidades fueron asumidas oficialmente como orientación y propuesta pastoral para el continente por una parte significativa de la Iglesia, en un contexto de creciente movilización y organización social en América Latina.

Esto cambió radicalmente, en el contexto eclesial que se diseñó y se impuso en el continente, a partir de la década de 1980. Es de fundamental importancia analizar la actual situación eclesial (diagnóstico) para comprender bien el lugar y las perspectivas de las comunidades eclesiales de base, en ese nuevo escenario eclesial (pronóstico).

1. El contexto eclesial actual

Las comunidades de base aparecen en Medellín y en Puebla, en el contexto y en el horizonte más amplio de la recepción del concilio y de la renovación de la Iglesia en América Latina: el “pueblo de Dios” tiene su concreción más básica y elemental en la “comunidad eclesial de base”, y la misión de ser “signo e instrumento” de salvación o del reinado de Dios en el mundo se realiza en la vida fraterna y en el compromiso con los pobres y marginados. Aparecen, por tanto, como elemento fundamental de la estructura de la Iglesia —“primer y fundamental núcleo eclesial”, “célula inicial de la estructura eclesial”— y como lugar y forma privilegiados para el ejercicio de su misión en el mundo —vida fraterna, opción por los pobres y compromiso con la justicia—, y son presentadas oficialmente como proyecto pastoral o, en todo caso, como elemento fundamental del proyecto pastoral, que se elabora y se propone para el conjunto de la Iglesia.

Este aspecto institucional de las comunidades eclesiales de base fue fundamental para su desarrollo cuantitativo y cualitativo, así como para su importancia en la Iglesia y la sociedad. No obstante sus ambigüedades y contradicciones, sin él no se pueden entender adecuadamente, ni mucho menos se explica el florecimiento y el impacto socio-eclesial que tuvieron en las décadas de 1970 y 1980. Tanto que, en la medida en que la Iglesia latinoamericana, sobre todo, a partir de la segunda mitad de la década de 1980, toma otros rumbos pastorales, las comunidades progresivamente pierden fuerza, relevancia y espacio en el conjunto de la Iglesia.

Es verdad que se continuará hablando de comunidades eclesiales de base en la Iglesia, incluso en los documentos del Celam y de las conferencias episcopales. Pero, además de las sospechas, advertencias y correcciones que normalmente acompañan o están detrás de esas expresiones, la perspectiva eclesial es muy

otra. Por un lado, las comunidades de base ya no aparecen como el “núcleo fundamental” o la “célula inicial” de la estructura eclesial, sino como una organización, incluso como un movimiento entre otros. Por otro lado, y esto es aún más determinante y decisivo, se va imponiendo una comprensión de la misión o evangelización —la llamada “nueva evangelización”— de carácter marcadamente religioso y doctrinal, que, aunque no lo niegue explícita y teóricamente, en la práctica, poco a poco, va relativizando y hasta prescindiendo del compromiso con los problemas sociales, los pobres y la justicia social. Se trata de un proceso progresivo, más práctico que teórico, de la cerrazón al mundo y del autocentrismo eclesial.

Si las comunidades eclesiales de base nacieron y se desarrollaron en un contexto de renovación eclesial y como elemento esencial de ese contexto, a partir de la segunda mitad de la década de 1980, se encontraron con un contexto eclesial extremadamente adverso, tanto desde el punto de vista de la estructura eclesial como, y sobre todo, de la acción pastoral evangelizadora. Si antes habían sido asumidas y propuestas oficialmente como parte o elemento esencial del proyecto pastoral para toda la Iglesia latinoamericana, ahora perdieron esa centralidad institucional. En la mejor hipótesis, fueron aceptadas o toleradas como una posibilidad entre otras, pero ya no como elemento esencial de toda la Iglesia.

La pérdida de la centralidad institucional repercutió mucho en la importancia y en el lugar de las comunidades, en el conjunto de la Iglesia. Por un lado, la cantidad de grupos que se reconoce como comunidad eclesial de base es cada vez menor, y las comunidades que se identifican y asumen de forma convencida esa manera de ser Iglesia son cada vez menos. Buena parte de las comunidades existentes en la actualidad y de sus líderes nunca han oído hablar de las comunidades eclesiales de base. Por otro lado, ese modo de ser Iglesia, comprometido con los pobres y marginados, y con sus luchas y organizaciones, es cada vez más marginal y extraño. La inmensa mayoría de las comunidades se concentra en el culto y la doctrina y posee un carácter marcadamente devocional y pentecostal. Esto representa un desafío para las comunidades eclesiales de base, que deben repensar su *lugar*, cada vez más marginal, y su *práctica*, cada vez más profética, en el conjunto de la Iglesia.

2. Las perspectivas

Es preciso reconocer que la Iglesia cambió mucho y en dirección contraria al concilio Vaticano II y su recepción en América Latina, a partir de la conferencia de Medellín. Y esto trajo muchas consecuencias para la vida de las comunidades eclesiales de base, en cuanto expresión privilegiada del modo de ser Iglesia, según el Vaticano II y Medellín.

Ese modo de ser Iglesia fue cada vez más marginal en el conjunto de la Iglesia. Y no solo desde el punto de vista de la orientación y la conducción pastoral por parte de los ministros ordenados, sino también, que es lo peor, desde el punto de vista de las bases y los líderes eclesiales. Sin olvidar ni despreciar el peso decisivo que los medios religiosos de cuño pentecostal-devocional-conservador, católicos y protestantes, tienen en el imaginario religioso y en la vivencia religiosa actual. Tenemos una Iglesia profundamente autocentrada y clerical. Esto explica las resistencias que ha encontrado el papa Francisco para impulsar su proyecto de renovación eclesial —un verdadero “cisma blanco”. Cuando las críticas no son abiertas, lo elogian —“santo padre”—, pero lo citan ¡muy selectivamente! y sus orientaciones pastorales no son tomadas en serio, incluso son boicoteadas⁵.

En ese “nuevo” contexto eclesial, las comunidades eclesiales de base ocupan un *lugar marginal* en el conjunto de la Iglesia. En la mejor de las hipótesis, son aceptadas o toleradas como *una* entre las muchas expresiones eclesiales y como una expresión poco relevante y poco atrayente. Esto ha generado muchas desilusiones y ha desafiado a los líderes comunitarios a encontrar formas creativas y eficaces de “conservar la fe”, en un mundo y en una Iglesia que, en muchos aspectos, va a contramano del evangelio de Jesucristo.

Algunos de sus líderes históricos más convencidos y creativos fueron marginados y excluidos de las instancias de articulación y coordinación pastoral de las parroquias y diócesis. Desilusionados, se alejaron de esas instancias, con lo cual, poco a poco, perdieron espacio en las comunidades y en la actividad pastoral. Aunque han conservado la fe y se reconocen como Iglesia, ya no encuentran espacio en ella o no se hallan en los actuales espacios eclesiales —excesivamente devocionales, reducidos al culto y doctrina y donde predomina una mentalidad y unas relaciones de poder profundamente clericales. Esa situación, dolorosa y comprensible, acaba produciendo en la vida de algunas personas un proceso de des-eclesialización de la fe, trágico para la vivencia de dicha fe. Es una nueva versión del “Jesucristo, sí; Iglesia, no”.

Este proceso de des-eclesialización de la fe se da tanto en la medida en que se prescinde explícitamente de la comunidad —no es necesaria— como, y de modo más sutil, en la medida en que, aun afirmando su importancia, se prescinde de la vinculación a una comunidad concreta —idealización de la comunidad. Esto es trágico para la vivencia de la fe, porque compromete uno de sus aspectos fundamentales, su constitución real y visible como comunidad —“pueblo de Dios”, “cuerpo de Cristo”, “templo del Espíritu”—, y porque, al prescindir de la comu-

5. Cfr. F. de Aquino Júnior, “50 anos de Medellín – 5 anos de Francisco: Perspectivas teológico-pastorais”, *Perspectiva Teológica* 50 (2018), 41-58, especialmente, p. 45.

nidad real, reduce la fe a una cuestión individual y disuelve su carácter de cuerpo o de fuerza social, con lo cual compromete también su eficacia en el mundo.

Otros líderes, sin embargo, han resistido proféticamente y creativamente en las comunidades de base, la pastoral, los organismos y los servicios sociales de las estructuras parroquiales y diocesanas, y en las articulaciones de los sectores populares de la Iglesia. Saben que, en las últimas décadas, la Iglesia tomó un rumbo muy diferente, y en muchos aspectos incluso contrario, a las directrices del concilio Vaticano II y su recepción en América Latina, a partir de la conferencia de Medellín. En el lenguaje del papa Francisco, la Iglesia se fue volviendo cada vez más “auto-referencial y auto-centrada”, en lugar de ser una “Iglesia en salida hacia las periferias”, y más clerical, en lugar de ser una Iglesia pueblo de Dios, con sus carismas y ministerios. Pero saben también que la fe nos hace Iglesia y se vive en Iglesia, comunidad concreta y real y no solo ideal, y que la misión se realiza como Iglesia, no solo individualmente, sino como cuerpo o fuerza social.

Por eso, no se desentienden de ese aspecto fundamental de la fe y la misión, y resisten, proféticamente y creativamente, en la vivencia eclesial de la fe y en el ejercicio eclesial de la misión. Y lo hacen participando en las comunidades y las áreas pastorales, asumiendo los servicios o ministerios en la comunidad, articulando las comunidades y los sectores populares de la Iglesia, sensibilizando a las comunidades y a las áreas pastorales ante los problemas y las luchas del pueblo, vinculando esos problemas y esas luchas con la catequesis, la lectura de la Biblia y la liturgia, permaneciendo atentos a las diversas situaciones de sufrimiento, que marcan la vida de tanta gente, haciendo trabajo de base con adultos, menores, adolescentes y jóvenes, despertando, cultivando y acompañando nuevos liderazgos, participando y fortaleciendo las áreas pastorales, los organismos y los servicios sociales en la Iglesia, promoviendo actividades para abrir la Iglesia a los grandes problemas del mundo —Campana de la Fraternidad, Grito de los excluidos, marchas por los derechos, defensa de las comunidades y los grupos marginados, etc. Hacen todo esto en un ambiente eclesial extremadamente adverso y no sin dificultades, incluso con sufrimientos, pero convencidos de que es un aspecto fundamental e irrenunciable de la forma cristiana de vivir la fe y de asumir la misión confiada.

El hecho es que las comunidades eclesiales de base, como modo de vivir la fe, ocupan cada vez más un *lugar marginal* y asumen una *actuación profética*, en el conjunto de la Iglesia. Más que nunca, deben convertirse en “fermento”, “sal”, “luz” y “semilla”, en un contexto social y eclesial adverso. No se puede continuar como si nada hubiera cambiado y seguir organizando grandes encuentros intereclesiales, como si las comunidades eclesiales fuesen la base de toda la Iglesia. No se puede ignorar la sensibilidad actual para cuestiones subjetivas y cotidianas, tan bien captada por los movimientos pentecostales. No sirve criticar

y lamentar los “nuevos” rumbos de la Iglesia, sin disponerse a vivir y a construir el fundamento de ese modo de ser, según el modelo de las comunidades eclesiales de base. No es conveniente idealizar y celebrar el pasado, con sus luchas, sus profetas y sus mártires, sin asumir seriamente el tiempo que nos toca vivir, con sus desafíos, sus conflictos, sus profecías... Tampoco es honesto admirar y aplaudir al papa Francisco en su empeño profético por construir una “Iglesia de los pobres y para los pobres” o una “Iglesia en salida hacia las periferias”, sin disponerse a vivir y a animar, en el día a día, ese modo de ser Iglesia, marginal y a contramano del modelo clerical y autorreferencial impuesto en las últimas décadas. En este empeño, el papa Francisco se inserta en la tradición profética.

No basta con lamentar el pasado y criticar el presente. Importa actualizar, crítica y creativamente, ese modo de ser Iglesia, en el contexto eclesial y social en el cual estamos insertos. Siempre sobre los pasos de Jesús de Nazaret, en fidelidad al evangelio del reinado de Dios, con la fuerza del Espíritu y en el servicio a los pobres y marginados.